

9 de diciembre

SAN JUAN DIEGO DE CUAUHTLATOATZIN

Basílica de Guadalupe: **Solemnidad**. República Mexicana:

Memoria. Pueblos de América: **Memoria libre**

Nació en Cuautitlán, hacia 1474. Se convirtió a la fe por la predicación de los primeros misioneros. "Buen cristiano y temeroso de Dios", fue escogido por él para ser el mensajero de "la siempre Virgen Santa María, Madre del verdadero Dios por quien se vive", misión que cumplió fielmente. Vivió junto a la ermita de nuestra Señora de Guadalupe unos 17 años, hasta su muerte, acaecida en 1548. Dejó fama de santidad.

Oficio de lectura

Puede usarse el himno de **Laudes y Vísperas** o del **Común** de los santos varones o del **Propio del tiempo**.

Los salmos y sus antífonas se toman de la **feria correspondiente**.

El versículo y la primera lectura se toman de la **feria correspondiente**.

SEGUNDA LECTURA

Del decreto del Papa Juan Pablo II (**México, 31 de julio de 2002**).

LA VIRGEN MARÍA CONSOLÓ A JUAN DIEGO

Exaltó a los humildes (Lc 1, 52): Dios Padre puso su mirada en un humilde indígena mexicano, Juan Diego, al que enriqueció con el don de renacer en Cristo, de contemplar el rostro de la bienaventurada Virgen María y de unirlo a la evangelización del continente americano. De esta manera se muestra la verdad que encierran las palabras del Apóstol Pablo cuando enseña el método por el que se lleva a cabo la salvación.

Lo plebeyo y despreciable del mundo, lo que no es, Dios lo eligió para vencer lo que es, para que ninguna carne se gloríe en presencia de Dios (1 Co 1, 28-29). Este beato que, según la tradición se llama Cuauhtlatoatzin, nombre que significa "águila habladora", nació alrededor del año 1474 en Cuauhtitlan, en el reino conocido comúnmente como Texcoco. Ya adulto y habiendo contraído matrimonio, abrazó el Evangelio y fue bautizado junto con su esposa, dispuesto a vivir a la luz de la fe y de manera coherente con las obligaciones asumidas ante Dios y la Iglesia.

En el mes de diciembre del año 1531, cuando caminaba hacia Tlatelolco, en el monte llamado Tepeyac se le apareció la Madre de Dios, que le ordenó que pidiese al obispo mexicano que se edificase un templo en el lugar de la parición. Ante las peticiones insistentes del indígena, el obispo exigió una prueba evidente del extraordinario suceso. El día 12 de diciembre, la bienaventurada Virgen María se volvió a aparecer a Juan Diego, lo

consoló y le ordenó que se dirigiese a la cumbre del monte Tepeyac, donde habría de recoger unas flores y regresar con ellas. A pesar del frío invernal y de la aridez del lugar, el bienaventurado encontró unas flores bellísimas, las puso en su capa y las llevó a la Virgen. Ésta le ordenó que las entregase al obispo como señal de la verdad. En presencia del prelado, Juan Diego extendió la capa y dejó caer las flores; en ese momento apareció en el tejido de la capa, milagrosamente impresa, la imagen de la Virgen de Guadalupe, que desde entonces se convirtió en el centro espiritual de la nación.

Cuando se construyó el templo en honor de “la Señora del cielo”, el beato, movido de gran piedad, dejó todo y consagró toda su vida a guardar aquel pequeño santuario y a recibir a los peregrinos. Recorrió el camino de la santidad en oración y caridad, sacando las fuerzas del banquete eucarístico de nuestro Redentor, del culto a la Madre del Redentor, de la comunión con la santa Iglesia y de la obediencia a los sagrados Pastores. Cuantos lo pudieron conocer, admiraron el esplendor de sus virtudes, sobre todo la fe, la esperanza, la caridad, la humildad y desprecio de las realidades terrenas.

Juan Diego, con la sencillez de su vida cotidiana, guardó fielmente el Evangelio, que no había despreciado su condición indígena, consciente de que Dios no hace distinciones de linaje o de cultura e invita a todos para que sean sus hijos. De esta manera, el beato facilitó el camino para que los indígenas de México y del Nuevo Mundo se encontrasen con Cristo y la Iglesia. Hasta el último día de su vida caminó con Dios, que lo llamó a sí el año 1548. Su recuerdo, que siempre va unido a la aparición de nuestra Señora de Guadalupe, ha trascendido los siglos y ha alcanzado las diversas regiones de la tierra.

Responsorio Cf. 1 Co 1, 27-29; Lc 1, 51-52

R. Dios eligió lo débil del mundo para confundir lo fuerte; lo que no es, * para que ninguna carne se gloríe en presencia de Dios.

V. Hizo proezas con su brazo y exaltó a los humildes.

R. Para que ninguna carne se gloríe en presencia de Dios.

Oración

Dios nuestro, que concediste a Juan Diego el privilegio de ser el mensajero de la siempre Virgen María de Guadalupe, Madre del Salvador, concédenos por su intercesión la gracia de transformarnos en templos vivos de tu reino. Por nuestro Señor Jesucristo.

Laudes y vísperas

HIMNO

¡Dancemos! ¡cantemos!
al Dador de la Vida,
al Dueño de cuanto nos rodea,
porque nos ha entregado sus flores y cantos.

¡Dancemos! ¡cantemos!
Por ti, Juan Diego, el más pequeño, olmos el Canto Florido;
por ti vuelan en nuestra tierra

las mariposas de jade
y el reluciente colibrí abre sus alas.

¡Dancemos! ¡cantemos!
porque tú nos recuerdas que vivimos

en la tierra de nuestro sustento, en la tierra del maíz,
de nuestra carne.

Suene para el Verdadero Dios por quien se vive el atabal de la alegría,
el huehuetl de nuestro gozo.

¡Dancemos! ¡cantemos!
al Dios Antiguo y Nuevo,
porque tú recogiste fragantes flores ahí donde perdura el Rocío
y se abre el Brillante arcoíris
que cubrió la montaña.

¡Dancemos! ¡cantemos!
vivimos agradecidos,
ya no estamos tristes,
no fuimos traicionados, Juan Diego. El Dios de nuestros padres y abuelos nos entrega plena su
Palabra.

¡Dancemos! ¡cantemos!
Por ti se quedó entre nosotros, Juan Diego. Nuestra Madre, Nuestra Muchachita,
tu Hija Menor, Nuestra Señora,
Nuestra Niña,
Tonantzin—Guadalupe.
Amén.

SALMODIA

Ant. 1. Juan Diego iba muy de madrugada a tomar parte del culto divino y a escuchar los
mandatos de Dios.

Los salmos y el cántico se toman del Común de santos varones: Laudes — Vísperas Ant. 2. Juan
Diego bendecía a Dios con sencillez y alegría.

Ant. 3. He aquí a un varón prudente que construye su casa sobre roca y en cuya boca no se
encuentra falsedad.

LECTURA BREVE Ef 2, 19-22

Ya no sois extranjeros ni forasteros, sino que sois ciudadanos del pueblo de Dios y miembros de la
familia de Dios. Estáis edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, y el mismo Cristo
Jesús es la piedra angular. Por él todo el edificio queda ensamblado, y se va levantando hasta formar
un templo consagrado al Señor. Por él también os vais integrando en la construcción, para ser
morada de Dios por el Espíritu.

RESPONSORIO BREVE:

V. Levanto mis ojos a los montes, ¿de dónde me vendrá el auxilio?

R. Levanto mis ojos a los montes, ¿de dónde me vendrá el auxilio?

V. Señor, por ti madrugo, dame una señal propicia.

R. ¿De dónde me vendrá el auxilio?

V. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

R. Levanto mis ojos a los montes, ¿de dónde me vendrá el auxilio?

CÁNTICO EVANGÉLICO:

Ant. Sube a un alto monte, alegre mensajero de Jerusalén, di a las ciudades de Judá: Aquí está su Dios.

Cuando se rezan Laudes:

Benedictus

Cuando se rezan Vísperas:

Magnificat

PRECES

Alabemos a Dios Padre todopoderoso, el Creador por quien se vive, y digámosle: Señor, por quien vivimos, escucha nuestras plegarias.

Bendito seas, Señor del universo, que en tu inmensa piedad nos enviaste a la Madre de tu Hijo, — para llamarnos a la fe y hacernos ingresar en tu pueblo santo.

Te bendecimos, Señor, porque ocultaste tu mensaje a los sabios y prudentes según el mundo y lo revelaste a los pequeños, — a los que son tenidos por insignificantes y despreciables.

Concédenos ser, como Juan Diego, embajadores tuyos muy dignos de confianza, — que llevemos a todos los hombres y a todas las naciones tu mensaje de amor y de paz.

Tú que, con la presencia de María, haces brillar los riscos como perlas y las espinas como el oro, — haz que el amor de la Santísima Virgen María nos transforme en otros cristos.

Haz que, como Juan Diego, seamos siempre fieles al culto divino y a tus mandatos, — para que merezcamos, también nosotros, que la Virgen María nos salga al paso en el camino de nuestra vida.

Tú que permitiste que los misioneros encontraran en los indígenas buenos colaboradores en la evangelización, — suscita en todos un testimonio de fe viva y operante en las condiciones ordinarias de la vida cotidiana.

Se pueden añadir algunas intenciones libres.

Con la confianza que nos da la predilección mostrada a Juan Diego por la Santa Madre de Dios hacia nosotros, digámosle al Padre de los Cielos, con profundo amor filial: Padre nuestro.

Oración

Dios nuestro, que concediste a Juan Diego el privilegio de ser el mensajero de la siempre Virgen María de Guadalupe, Madre del Salvador, concédenos por su intercesión la gracia de transformarnos en templos vivos de tu reino. Por nuestro Señor Jesucristo.